

LA TRIBUNA

ÓRGANO DEL ATENEO ESCOLAR

Periódico literario, científico, artístico, de noticias é intereses generales.

Anuncios y comunicados á precios convencionales.

Dirección, Redacción y Administración:

Ramón Albarrán,

número 41, principal.

Precios de Suscripción:

A los socios del Ateneo, gratis.
A los demás, un mes, 25 cts.

Pago adelantado.

UN HÉROE.

(Conclusión.)

Hallábame conmovido, estas últimas frases me causaron horrible efecto, á pesar de la anterior revelación permanecí callado; aquella declaración no me satisfizo y lo que verdaderamente anhelaba era descorrer el misterioso velo que cubría á aquellas dos mujeres, el enmarañado drama que mi mente pretendía adivinar á través de su continua tristeza.

La anciana, con el perspicaz espíritu de investigación que caracteriza á la mujer, comprendió mi deseo y entre suspiros y lágrimas comenzó á narrarme una larga y dolorosa historia que yo puedo sintetizar en estas cortas palabras: una viuda que reconcentra todo su cariño y alegría en un hijo único: una fatal guerra que exacerbó y arrastra las pasiones; un hombre obcecado en la defensa de vanos ideales y, por último, una desgraciada batalla en la que aquel hombre pierde la vida, dejando sumida en el más horrible de los suplicios á una madre, cuyo único consuelo era aquel pedazo de sus entrañas; y dejando falta á otra mujer de lo que más adoraba, del idolatrado esposo en quien cifraba todo el cariño de una pasión adquirida hacia largo tiempo.

Por eso, como aquellas dos desgra-

ciadas vieran reconocer en mi el vivo retrato del que tanto querían me abrazaron convulsamente, cual si en mi persona quisieran depositar todas las energías del cariño materno y conyugal. Ante tal espectáculo todos los recuerdos de mi madrecita se agolpaban á mi imaginación y reflexionaba, reflexionaba sobre el abrazo que me daría si tenía la fortuna de volverla á ver.

Nos desasimos; pero la desgraciada madre, por efecto de las continuas emociones, fué presa de un síncope y cayó desplomada al suelo. Lanzamos un grito y nos apresuramos á recogerla é introducirla en el lecho; pasado un gran rato conseguimos reanimarla; abrió los ojos, dió un profundo suspiro y empezó á delirar: llamaba á su hijo, decíale ardientes frases y hacía ademán de estrecharle en sus brazos. Transcurrieron dos días al cabo de los cuales y tras dos horas de horrible agonía, entregó su alma á Dios. Yo cerré sus ojos y deposité en su cara un ósculo de filial cariño, al par que la viuda de su desgraciado hijo, con el corazón transido de dolor por este último golpe, fué por el sacerdote de un pueblo cercano, para dar sepultura á aquella víctima del amor maternal.

Salimos de aquel sitio con la vista enrojecida por el llanto y nos dirigimos á la cercana capital, donde mi compañera mostró deseos de confesar

en un convento, y yo me presenté á las autoridades que, en premio me confirieron el pase para la Península, donde llegué felizmente.

Así terminó Manolillo su extenso relato que conmovió al auditorio y ¡cosa rara! aquellos hombres de embotado corazón derramaron una lágrima y corrieron presurosos en busca de sus respectivas madres, que impacientes les esperaban al pié de la humeante comida y ansiando recrearse en lo que más se recrea una madre; en el hijo de su corazón.

FRANCISCO DÍAZ VILLAR DE LA GALA.



EN EL ALBUM DE MI AMIGO
JESÚS RINCON.

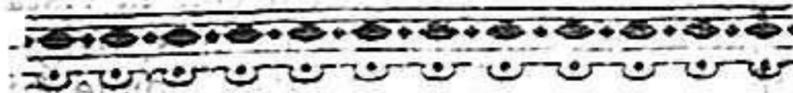
INDECISIÓN.

Demasiado lo sé: te agradaría
Que una frase en tu Album yo pusiera,
Gustosísimo en él la estamparía
En prosa ó verso si escribir supiera.
¡Qué diría la gente! ¿qué diría
Si *mamarracho* semejante viera?
Por lo menos diría que estoy loco
Y había de gustarme esto muy poco.

Por fin á no escribirla me decido,
Aunque te tenga ya palabra dada,
Por semejante acción perdón te pido;
Y ya te oigo decir—pues perdonada.

Tú que eres amigo tan querido
De seguro lo sé, no dirías nada;
¡Pero la gente! ¿qué diría la gente?
¡Pobrecito infeliz! está demente.

ANTONIO NOGALES DE LA GALA.



Escenas de la vida.

Gabinete lujosamente amueblado. Un gran espejo de luna veneciana ocupa un testero de la habitación.

DOÑA ROSA, D. ROQUE, ANITA
y CLAUDIO.

D.^a ROSA. (*Sonriendo.*) Me han dicho, Claudio, que es V. muy enamorado?...

CLAUDIO. (*Interrumpiendo.*) Señora...

D.^a ROSA. No se disculpe V. Es cosa corriente en la juventud. Anoche en el teatro no quitaba usted los gemelos de un palco. Yo no lo he visto, porque nosotros no vamos. Como somos viejos y hace tanto frío..

D. ROQUE Sí. También yo en el Circolo he oido ciertos rumores... pero ¡si todos los días es lo mismo! Es V. incorregible.

Anita y Claudio miran al espejo y sus miradas se encuentran.

CLAUDIO. (*Emocionado.*) Las apariencias engañan. Lo hago por entretenimiento, por distracción, acaso por necesidad. Hay ocasiones en que son un medicamento. Quizás me gusten; pero nada más que eso. No pasan de los ojos. En cambio....

Insconscientemente los ojos de Claudio y Anita se encuentran en el espejo.

ANITA. (*Con marcada indiferencia.*) Y eso ¿qué importa? ¿No puede sospecharse que sea ficticio lo que V. dice?

CLAUDIO. (*Con calor y mirando fijamente á Anita.*) Ficticio? Nunca. Usted, Anita, debía de saberlo mejor que nadie. Su penetración me lo garantiza. Como V. debe saber también (*mirándola con intención.*)

Entra D. Manuel Suárez, administrador de la casa, y con él forma conversación aparte Doña Rosa y D. Roque.

ANITA. Claudio, me parece que usted no sabe apreciar la realidad. *(Mirándolo.)* V. mira y no ve.

CLAUDIO. Si veo, Ana, si veo. La lógica me conduce á deducciones agradables. Pero ¿quién me dice que esa misma lógica que ilumina la razón, no conduzca al error y con el error al ridículo? Se dice que la lógica es inflexible; pero se aplica á los hechos y la interpretación de los hechos ¿es tan subjetiva! No, Ana, no veo porque no quiero ver, porque si viera, vería algo tan hermosamente alegre y sugestivo que al deshacerse me haría sufrir, lo que ahora no suiro,

ANA. ¿Verdad, Claudio, que es tonto el sufrimiento voluntario, el sufrimiento que nos imponemos por capricho? No le ha ocurrido á V. algunas veces, tener ganas de hacer alguna cosa, de ir á algún sitio y no lo ha hecho por sostenerse en una palabra, en un propósito expuesto en un momento de abstracción? Crea V. que el amor propio es muy mal consejero y á cada paso nos proporciona disgustos.

CLAUDIO. Es cierto; pero por qué usted que así lo comprende no se emancipa de esa dictadura? Por qué no ajusta V. sus actos á sus ideas...

D.^a ROSA. *(Aparte á D. Roque.)* Mira como hablan. Parecen dos novios. Me dá miedo. Tiene Claudio unas ideas tan peligrosas....

D. ROQUE. *(A su señoría.)* Va.... no me asustan los hombres como Claudio que son todo corazón. La hipocresía es lo que me horroriza, porque no permite defensa.

D.^a ROSA. Es decir que tú no verías mal unas relaciones....

D. ROQUE Rosa, tú exageras. Seguramente Claudio no tiene esas intenciones y si las tuviera no habría de ejecutarlas. Su carácter no se aviene con el de las jóvenes como Anita. No puede doblegar su voluntad á la de una mujer. Su alma es muy grande para entregarla á una pasioncilla.

ANA. *(A Claudio.)* Son ustedes quienes deben hacerlo. Así lo ordena la galanteria.

CLAUDIO. Ana... Sí, voy á serle sincero, voy á hablarle con el corazón en la mano. Me pesará?... No sé; pero estoy decidido. *(Mirándola frente á frente y con vehemencia.)* La amo á usted, Ana, y la amo como no puede V. figurarse ni sería capaz de comprender. La mayor parte de los jóvenes quieren por instinto; yo á V. con la plenitud del sentimiento. Me parece que V. exagera... No digo que sea falso....

ANA.

CLAUDIO. ¡Falso! ¡falso....! ¡ojalá! Si es usted para mí, una preocupación constante, una horrible pesadilla. Sí; el recuerdo de V. se sobrepone á todos los recuerdos; si mi amor, Ana, es tan puro y tan santo, que parece como un rayo de suave luz que descendierra de Dios.

ANA.

(Con visible turbación.) Yo se lo agradezco, se lo agradezco mucho, pero soy tan joven... Además, un cariño tan repentino puede desvanecerse....

CLAUDIO. No es eso lo que pregunto, ni lo que deseo. Hablemos con franqueza ó no hablemos. Usted sabe que es verdad lo que le digo. Es más, V. me quiere, mucho ó poco, no lo sé; pero algo, y su amor propio no se lo permite decir. Pero yo he prescindido de él. yo me he humillado, yo le he

dicho la verdad, toda la verdad, la verdad pura. Por Dios, Ana, diga usted lo que sienta y no me torture el corazón.

ANA. *(Con resolución.)* Pues sí Claudio, lo quiero á V., lo quiero con toda mi alma. Cuando una mujer de mi educación se confiesa en esta forma mucha confianza tiene en el hombre á quien lo hace y mucho puede el cariño que le inspira...

CLAUDIO. Así la quiero yo á V. Grande en las pasiones sincera en sus sentimientos, fuerte en su dignidad.

D.^a ROSA. *(Aparte.)* Esto es intolerable. Voy á tener que llamarlos al orden. No me gusta nada este Claudio. ¡Qué escándalo! ¿Habrá creído que mi niña va á ser para él?

Claudio se despide, y quedan D.^a Rosa, D. Roque, Ana y D. Manuel.

D. MAN. Conocen ustedes á ese joven?

D. ROQUE. Si es amigo de la casa.

D. MAN. Dicen que es buen muchacho y de mucho talento.

ANA. Es muy listo... y ¡tiene tan buenos sentimientos!...

D.^a ROSA. Me parece que es un tuno redomado. Se da mucho tono y no tiene una peseta.

D. MAN. En cuanto á dinero, está usted equivocado. Se le ha muerto un pariente y va á heredar una millonada. Sólo tiene un defecto. Las ideas: tan radicales, tan avanzadas.

D.^a ROSA. ¡Phs! ¿y qué importan las ideas? Cosas de la juventud. Casándose sentará la cabeza. Yo haré que deje el club, y lo reemplace por el hogar. El cariño consigue muchas cosas y esos defectillos pueden corregirse. *(Con entusiasmo)* ¡Qué bueno, qué listo, qué simpático es Claudito, y sobre todo qué... ¡rico!!

EL LOCO DIOS.

¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

Dónde está Dios? Así discurre el hombre en su mente enferma. Dónde está El que gobierna el mundo con su autoridad? Limpie el impío de sus ojos la densa sombra que los envuelve y á donde quiera que dirija su mirada, allí reconocerá la existencia de Dios. Dónde está Dios? él mismo leerá el error de su entendimiento en el cielo tachonado de brillantes estrellas. Consulte el espejo y se reconocerá á sí mismo, en su propia imagen, obra acabada del Supremo Artífice. Dónde está Dios? El aire que respiramos, los mares, las tierras, las fuentes, los vientos, los prados, el bosque, todo proclama la existencia de Dios. Presta fe á todo esto y si no sabes creer, de seguro tienes el alma enferma.

F.

CHARADA.

Una tela es mi primera de calidad superior do con gusto y con primor trabaja la costurera.

Mi segunda cierto día contestó Ines á Don Juan al escuchar del galán si á su amor correspondía.

Y mi todo con su ruido indecible, extraordinario, al hombre más temerario hace meterse en su nido.

PEPITO.

Señalanzas femeninas.

I

Modelo es de perfecciones,
Es una pura beldad,
Con su gracia y con su sal
Roba muchos corazones.
Debajo de sus balcones
Siempre tiene admiradores
Brindándole mil amores;
Pero ella dice que nones.

La fineza *parisien*.
De los *madriles*, también
Trajo algo para acá.

A donde quiera que va
Va con ella la alegría
Que robó de Andalucía,
Una vez que estuvo allá.
En su linda cara está

Sus ojazos negros, son
Brillantes, cual un lucero,
¡Valen más... que el mundo entero!
Fascinan el corazón;
Y hacen perder la razón
Con su sonrisa burlona.
¡Vaya una chiquilla mona!
Dicho sea sin pasión.

ANTONIO NOGALES DE LA GALA.

II

En su cara tan preciosa
Resplandece todo el brillo
De la más divina diosa,
De la imagen milagrosa
De los sueños de Murillo.

Y es tanta la sal que encierra
Esta reina de las flores,
Que no existe otra en la tierra
Que dé á un corazón más guerra,
Ni más acerbos dolores.

Y sus ojos que fascinan
Con ese dulce mirar
Son dos soles que aniquilan;
Dos puñales que asesinan
Por el delito de amar

Y si más quereis saber
De señorita tan bella,
Podeis mis versos coger
Y uno por uno leer,
Pues los hice para ella

ABER-ARE.

(Solución de la anterior: señorita Beatriz Lozano.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

El alcohol y sus efectos.

Todo el mundo sabe que el «vino» no es más que el resultado de la fermentación de jugos azucarados y que la destilación de estos productos, da los «aguardientes» tantos más próximos á «alcoholes puros» cuanto más azúcar contenga el vino destilado y cuanto más exquisita sea, esta operación. Pero no todos saben ó tienen en cuenta sus efectos; pasajeros unas veces, mortales otras, por la rapidez con que por las mucosas es absorbido. Los trabajos más acabados sobre este punto débense á «Dujardin» y «Béaume», que en verdad han sentido conclusiones ciertamente prácticas. Experimentos fisiológicos en el hombre, han demostrado que en el líquido sanguíneo es escasa la cantidad de alcohol cuando éste es sugerido y que cuando es tomado en exceso sólo se encuentra en una proporción de 1 por 100; pero en cambio, es el que verdaderamente lo atrae, encontrándose en él en grandes proporciones, causa esto de las alteraciones que le imprime, acusadas por las manifestaciones inmediatas del individuo «alcoholizado»: una pequeña cantidad basta para producir una embriaguez, traducida por excitación y alegría. Tomado en mayor proporción da por resultado la incoherencia de ideas y el titubeo, produciendo la completa postración, cuando es exagerada la cantidad que el individuo beba.

Si esto sucede, bastan «100 gra-

mos de alcohol puro» ó una cantidad de un líquido capaz de contenerle, para producir la muerte de un niño. De igual modo, «de 800 gramos á 1 kilogramo» serían suficientes para producir la muerte de un adulto.

Observando estos datos, fácilmente se desprende, que si bien las bebidas alcohólicas tomadas en proporción conveniente son excelentes alimentos de ahorros, y andes cantidades obran sobre nuestro organismo, como una sustancia de propiedades altamente tóxicas, y por tanto de consecuencias funestas.

FRANCISCO RAMÍREZ.

Sevilla y Noviembre.

TEATRO.

Estrenos.—El barquillero.

Con una escasa concurrencia se celebró anoche en el coliseo López de Ayala, el estreno de la zarzuela en un acto *El barquillero*.

En cuanto á la letra, de López Silva y Jakon Veyan, abunda en chistes y situaciones cómicas; pero la mayor parte de ellos son muy subidos, de brocha gorda y algunos forzados. No campea en la obra la fineza del ingenio y se hace reír al público á fuerza de colorido.

En la música de Chapi, sobresalen, el coro de barquilleros y la romanza que cantó la señorita Melchor que interpretó bien su papel.

La señorita Lacarra hizo un barquillero muy salao.

Se compran y venden fincas, Río 20, darán razón.

lo puede sobrellevarse la vida del campo. Yo pienso en tí muchás veces, de día y de noche. Sobre todo cuando leo tus cartas siento algo que no comprendo: pero algo grande que se levanta en la conciencia. Tienes tanto talento... y eres tan guapo. Por cierto que no me gustó mucho lo que me decías en tu última carta...

—Escucha, Melchor. No puedo seguir fingiendo por más tiempo. Al principio de nuestras relaciones, creí que podía quererte; hoy veo que es imposible. Tu cariño no me satisface. Tú no sabes des-
pertar esas notas de purísimo sentimiento que hay en el corazón de toda mujer. Tú no sabes hablar más que á los sentidos. Tú no sabes que el alma es un factor indispensable en el amor. Tú no llenas mis aspiraciones y mis sentimientos, tu no me produces esas emociones en que el alma sueña y se eleva á otras regiones de infinita poesía.

—Me vas resultando *romántica*, y las románticas me cargan. Adios.

—Adios!—

La luna empieza á mostrar su cara plateada por la barrera fantástica que forman las montañas en el horizonte. Di-

visanse á lo lejos confusas lucecitas brillantes como estrellas, que señalan las chozas de los pastores. Silencio sepulcral domina la campiña cubierta por las sombras de la noche y un murmullo de oraciones producen las flores al despedir sus aromas que embalsaman el ambiente.

Mari se retiró á la casa. La arena cru-
ge bajo sus piecitos y en su nervioso andar muéve con la falda los arbustillos floridos que circundan el sendero, despojándolos de las hojas secas que caen al suelo con leves sonidos de cosas que fueron.

Se retiró á su habitación, de coquetona elegancia, para estar á solas con sus ideas, y desfallecida se deja caer en el sofá.

Encima de la mesa descubre una carta que coge con inconsciente temor y sus manos tiemblan al abrirla. Es de Mendía.

Al leer la firma una sonrisa indefinible descubre sus dienteillos de blanquísima espuma esmaltados en el rojo sangriento de sus labios.

La carta es de una corrección escrupulosa y de admirable sencillez.

¡Ah! siempre el mismo párrafo de amor velado, siempre la misma insinuación galante.

»Esta población es hermosa y hospitalaria. Las mujeres tienen la alegría de su cielo; pero por más que comprendo que las hay adorables y me guardan muchas atenciones, cada día me gustan menos y siento más la necesidad de lo ansiado. El bosquecillo de naranjos con su verdor y sus perfumes, el rústico cenador con sus madreselvas y rosales lo evoca mi memoria con inusitada frecuencia. Compadézcame V., Meri, porque que sufro lo indecible sin esperanzas de que termine esta situación.»

Se levantó y abriendo la ventana, su mirada fué á perderse en el horizonte escurriendo una ilusión.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y con despecho estrujó entre sus manos la carta.

Si hubiera podido llamar á Menchor lo habría llamado; pero ya estaba muy lejos.

Sentía necesidad de amar y ser amada. ¿Por qué cedió á aquel impulso de sinceridad? ¿Por qué se dejó llevar y no mató

que no siente, se dispone á recibir á la persona que se acerca.

Es Melchor, un muchachote guapo, hermoso y atrevido. Sus grandes ojos negros, lo mismo pueden significar al genio que la estupidez y sus desenvueltos ademanes son efecto de la sociabilidad ó de la ignorancia. Su elegancia churriguera ca indica bien á las claras su posición de rriacho improvisado, y sus palabras revelan la más supina idiotez.

Meri lo recibe con frialdad. Su estado psicológico la inclina á la repugnancia de un ser tan físicamente bello y tan groseramente espiritual.

—No esperarías mi visita, ¿verdad? He salido de paseo á caballo y quisiera darte una agradable sorpresa. Hace días que no vengo y ya tendrías ganas de verme. Los negocios me ocupan mucho tiempo y... lo primero es lo primero.

—No te esperaba, es cierto. Ya sabes que no me gusta distraerte de tus ocupaciones.

—Y tú que haces en esta finca tan aburrida?

—La mayor parte del día...

—Pensando en mí? Vamos, de ese mo-